

GASTÓN BAQUERO: MISTERIO, VOLUNTAD DE MISTERIO

LA ESPIRAL INCESANTE

Entrevista a Gastón Baquero

Rechazada tres veces por el poeta y después de las varias y oportunas modificaciones, esta entrevista, que por pura temerosía debe su título a las ocurrencias de Lezama, corresponde a un trabajo aún por publicar "El primer Baquero (textos: 1936-1948)". Concebida inicialmente para su publicación en la desaparecida Revista *Taramela*, en el seno de una amplia monografía y llevada a cabo en Madrid poco después de la edición de *Magias e Invencciones*, permanece sin alteración alguna desde entonces.

Larga demora desde que en 1988 un poeta del altiplano propiciara el encuentro con Felipe Lázaro. Hoy, felizmente, aquella idea de editar a un poeta cubano, entonces completamente desconocido, ha rebasado sobradamente el horizonte de la idea inicial. Y no fueron pocos, en este periplo, por muy previsibles, los obstáculos y las sorpresas. Pero también los hallazgos, con su discreto doble fondo donde se instalan las historias de puertas que conducen a otras puertas.

Si la lejanía ocasionaba demoras, el poder de la "fula" y la iniciativa de los propios amigos del poeta, que comienzan a divulgar su obra, determinarán, al cabo, por decirlo con cierta livianeza, el momento del que ocuparse, sin caer, en el empeño, en repeticiones tardías. Lejanía del almanaque, entonces. Obra inicial.

En La Habana, mientras, mensajeros diversos al tajo. Y, abusando de la amistad, para no perder la costumbre, Antón Arrufat que se aplica en indagaciones. Y

le dedica no pocas horas. Provechosas horas: más hallazgos, más sorpresas. Y luego la ocasión de pasear por La Latina madrileña con el poeta Baquero. Argonauta paseantín sin gabardina ni yerbas curativas en los bolsillos. Conversar, mientras, entre las referencias al mojopulpo y el casabe, en el timbre de su voz, irrumpe el anhelo de releer *Teoría de la línea y de la esfera*. O una súbita, apenas perceptible turbación: *Poemas*. Edición de Serafín García, 1942. Aquel juvenil tributo a la amistad. Con su noticia de la inencontrable *Comedia de San Jorge* y su dedicatoria manuscrita al Pte. Chacón y Calvo. Otro misterio, entonces. Otro misterio, entonces. Como Martí. Como Lezama. Como Eliseo. Y otra vez la historia del libro perdido. Otro misterio, sí. Y no habrá que olvidar, por lo mismo, que algunos misterios yacen entre dimensiones menos francesas y más mundanas.

1.- ¿Podría hablarnos de sus comienzos? ¿de las lecturas a las que se sentía más próximo?

No tengo un recuerdo exacto de cuándo inicié la actividad literaria propiamente dicha. De una manera espontánea, sin propósito literario, según creo, escribí en 1937 un breve comentario titulado *Unamuno y el mar*, para encomiar el efecto de renovación o renacimiento que hizo el mar en uno de "los dioses" de mi juventud. Había pasado casi insensiblemente de Alejandro Dumas a lecturas más serias, por la pasión de leer, con la cual se nace.

Recuerdo que ya en ese comentario de *Unamuno y el mar* asomaba mi inevitable pedertería que conservo cuidadosamente, porque citaba un verso de Platón "lava el mar las/ dolencias de los hombres". Las citas o alusiones literarias son en mí inevitables, porque me brotan como un sudor de la memoria. Según pienso ahora, se trata de un acto de honradez, para no quedarme con lo ajeno, aunque en literatura todo, o casi todo, es ajeno siempre. Pero también puede tratarse de exhibicionismo infantil de erudición, para darme importancia.

Recuerdo además que en ese comentario de Unamuno elogiaba con entusiasmo el hecho de que él dijera: "al frisar los/sesenta, mi otro sino, el que dejé al dejar mi natal villa/brota del fondo del sueño y brilla/un nuevo porvenir en mi camino". A mí, aquello de renacer, de no morir, de vencer la vejez y la decadencia física con la imaginación y la poesía, me pareció aleccionador y hasta maravilloso. Tanto, que esa idea se encuentra, me parece, en todo lo que escribo. No tengo lo que se llama "miedo a la muerte", sino rechazo y temor a convertirme, por la vejez o por la enfermedad, en alguien que ya no está conscientemente sumergido en el Cosmos, con interés de conocerlo. La edad nos va reduciendo el ángulo de visión sobre el mundo, y de una manera humillante nos va convirtiendo en "un loco que/se mira en un espejo", que es mi definición del viejo. No hay nada más horrible que un Narciso con arrugas en la cara y en el cerebro. Mi temor es irme dejando colocar de espaldas



al universo, y reducir el fabuloso escenario que se nos ofrece con el vivir, en una minúscula y torpe autobiografía constante. El narcisismo de los viejos es, quizás, una imposición de la naturaleza, de la fisiología, pero intelectualmente es lo más detestable (y lo más frecuente) que quepa imaginar.

De aquí viene mi rechazo a las preguntas de tipo personal en una entrevista que se supone centrará su interés en lo literario. Hablar de uno mismo es una prueba de mala educación, una falta de respeto a las estrellas. Todas las vidas humanas son, más o menos, iguales, monótonas y llenas de servidumbres ajenas a la inteligencia. Lo que importa, o debe importar, es la creación, el esfuerzo artístico, la búsqueda de una clave o llave para abrir las puertas de lo misterioso, de lo extraño. Valery enseñó que a las dimensiones conocidas hay que añadir una cuarta dimensión: lo Extraño.

2.- Desde *Poemas y Saul sobre la espada hasta Magias e Invenciones* ¿Qué momentos de esa evolución considera de especial importancia?

Nunca he pensado en mi “evolución creadora”. Supongo que existe, que se ha producido, como se produce el desarrollo físico de la niñez a la vetustez. Puesto a pensar en esto, creo, como todo fatalista, que en realidad escribimos siempre el mismo poema, con ropaje más o menos distinto. Lo que de Vivaldi dijo Stravinsky, que no había escrito seiscientos conciertos, sino seiscientas veces el mismo concierto, es aplicable a todo y a todo el mundo, porque siempre llevamos encima nuestra biografía completa, y no podemos, jamás, salirnos de ella. “Nadie puede saltar fuera de su sombra”. Hay matices de complacencia o regodeo en el yo (esto es lo que hace insportables a los románticos), y se da, en los que llamo genios, la gran batalla creadora, la lucha contra la imposición del yo y de la biografía sobre las ideas y sobre la estética. Por eso es Goethe un clásico, no un romántico. Goethe, como Bach, como Mozart, como Haydn, no llora sus penas meramente humanas y corrientes. Goethe no es un hombre vulgar.

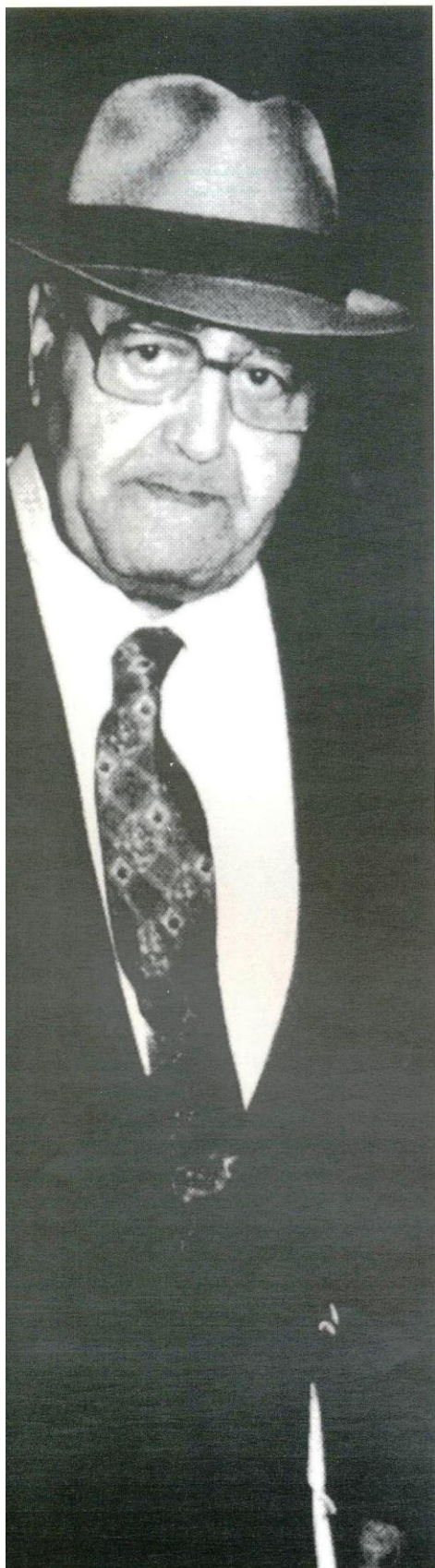
Volviendo a la idea de evolución, que prefiero llamar “proceso de aprendizaje del oficio y perfeccionamiento”, o de “búsqueda de perfeccionar, de mejorar”, no puedo juzgar. No sé si los poemas del año Tal son mejores o peores que los del año más Cual.

¿Cuándo es un poema mejor que otro? ¿Mejor en qué y para qué?. Eso de “el mejor” es cuestión de gustos personales. Hablando otra vez de mí, digo que conozco personas que consideran *Discurso de la rosa en Villalba* lo mejor que he escrito, y también conozco personas que tan tonto juicio lo aplican a *Saul sobre su espada*, o a *Octubre*.

En esto de la evolución yo me encuentro, desde hace tiempo, demasiado estancado en lo mismo, en la repetición de una fórmula. Parece inevitable que lleguemos a un momento en el que ya no asimilamos nada nuevo, no aprendemos nada, y nos volvemos repetitivos y monótonos. Es por eso por lo que leer por largo tiempo un libro de poesía, sea de quien sea, acaba por aburrir y hasta por irritar. ¿Quién “aguanta” dos horas de lectura de Whitman, o media hora de Jorge Guillén, o tres horas de Rilke?

Escribo poco, y publico menos, porque hace tiempo que me siento atrapado, encarcelado por el oficio del señor Baquero. En cincuenta o más años de poesía no he evolucionado nada. Esto me enfurece, hago culpable a mi ineptitud natural, a incultura, o a falta de imaginación, de esta repetición tan molesta y tan visible en mis poemas. Se cambia un poco el traje, el adorno, pero el maniquí, el esqueleto, es el mismo. Veo que en el fondo, *Palabras escritas en la arena*, etc., es el mismo poema que *Memorial de un testigo* o que *Manuela Saenz baila con Garibaldi el rigodón de la despedida*. Estoy metido en un agujero, en una prisión, de la que no puedo, o no sé escapar. Esto lo veo como una humillación de la naturaleza a la inteligencia. Una victoria de la fisiología sobre la estética.

He llegado a pensar (en eso estoy sumergido ahora) que hay una estrecha relación bioquímica, trófica, (no estrófica), entre lo que se ingiere -se incorpora, decía Lezama- y lo que se escribe. Es posible llegar a construir un poema de acuerdo con la cantidad de carbohidratos, o de proteínas y aminoácidos, etc., que se haya incorporado al organismo. Así, si usted se come un plato de alcachofas, le sale un poema distinto al que le saldría con un plato de langostas o de berenjenas. Esto, que produce risa en el primer momento, porque parece una simple broma, una *boutade*, es mucho más serio de lo que parece, porque en el fondo todo es química, y nuestro organismo (incluyendo la mente, por supuesto) no es más que un laboratorio donde las reacciones quedan fuera



de nuestro control. No se sueña lo mismo cuando se come carne que cuando se come pescado. Los antiguos descubrieron esto, sin conocer las causas. Moctezuma tomaba grandes jícaras de chocolate cuando se disponía a hacer el amor a gran escala, al por mayor; la ciencia ha descubierto hace poco que en el chocolate hay un ácido que es el mismo producido por el cerebro cuando se tiene alguna excitación o incitación sexual. Y los romanos descubrieron u observaron la acción del flúor en la dentadura, sin conocer exactamente el flúor, y acostumbraban a enjuagarse la boca por las mañanas con orines de español, porque comprendieron que los ríos de España contenían algún elemento que protegía los dientes: era el flúor.

Hay una alquimia del poema, y quizás hasta de la misma Poesía. Alquimia natural, no cultural. Es muy posible que en mis poemas prevalezca una dosis de azúcares que me los vuelve más sentimentales y dulziones de lo que yo quisiera. A menudo corro el riesgo del temurismo, y la huella de eso está en mi abuso de los hipocorísticos o diminutivos. A veces llego a lo ñono y a lo tagoriano, pero ya, a mi edad, me consuelo pensando que no es que yo sea cursi, es que la alimentación que recibí desde niño era enormemente cursi e impropia para el desarrollo de la inteligencia. Mallarmé, estoy seguro devoraba grandes cantidades de ostras. Verlaine llevaba los bolsillos llenos de cerezas.

3.-Usted estuvo vinculado con José Lezama Lima a la llamada *Generación de Orígenes*. No ha habido, sin embargo, uniformidad de criterios respecto a su coherencia como grupo por parte de los que vivieron de cerca este hito de la cultura cubana. Mientras Rodríguez Feo asegura que *Orígenes* era un movimiento y no sólo una revista, María Zambrano habló de una "unidad de aliento más que grupo". Es más, en el seno de la revista convivían posiciones estéticas radicalmente opuestas. ¿Qué nos puede decir de esto?

Se ha llegado a mitificar de tal modo la obra de Lezama y la significación de la revista *Orígenes*, que alguna vez he comparado este caso con el de las interpretaciones del *Quijote*. La revista y el llamado grupo *Orígenes* dieron tanto que hablar a impulsos de dos hechos: el de la popularidad o moda de Cuba por la revolución

del 59, y el desconocimiento casi absoluto que hay en Hispanoamérica, en España, en todas partes, de la trayectoria y contenido de la literatura cubana a través de los tiempos.

La actualidad internacional de Cuba atrajo la atención de muchos escritores notables hacia aquel país. Como no se tenía, ni se tiene, la menor idea de lo que era Cuba culturalmente, personas como Julio Cortázar, representativo completo de esa actitud "descubridora", echaron a rodar la leyenda de una isla de tan pujante y extraordinaria aparición en el escenario de la historia, que ya ofrecía, como una de las facetas de esa novedad, la presencia de un poeta como Lezama, nacido en 1914 y poeta en activo desde 1936.

Como Cortázar, y tantos otros, no se habían tomado jamás la molestia de interesarse por lo que no fuera París (llegó a decir el argentino que el único lugar del mundo donde podía escribir era la capital de Francia), al tropezarse con Lezama y su obra, dedujeron inmediatamente que "eso" era producto de la revolución.

Esa confusión ha contribuido mucho a que se vincule la obra de Lezama y su revista *Orígenes* con una filosofía de la historia cubana, y se le dé a la revista un papel de protagonismo y una trascendencia que desbordan la realidad. Porque *Orígenes* fue una revista más en la larga serie de revistas poéticas y literarias que los cubanos vienen produciendo sin cesar desde principios del siglo XIX. Si se conociera siquiera medianamente el proceso literario cubano, se admitiría el hecho tal como lo señalo: una continuidad, no un milagro ex nihilo. Lo que no resta mérito alguno a *Orígenes*, que fue, con toda probabilidad, la mejor de las revistas de su género intentadas en Cuba; y lo fue por la sencilla razón de que nació y fue vivificada siempre por un poeta singular, Lezama, un artista absolutamente atípico en las letras cubanas e hispanoamericanas.

Lezama era una personalidad centrípeto, un imán que atraía hacia él con fuerza irresistible. Por su hermetismo, fascinaba hasta lo paralizante. Ninguno de los que fuimos arrastrados a girar en derredor de su núcleo, acercados pero no adentrados en su órbita, tenía nada que ver con un movimiento promovido por un profeta, ni nada que ver con la adhesión a una doctrina estética, o religiosa, o socio-política de carácter colectivo o unificador. No constituíamos un grupo, porque éramos demasiado



heterogéneos y desiguales. Fuimos invitados a colaborar en las revistas inspiradas por Lezama -*Verbum, Espuela de Plata y Orígenes*-, no porque fuésemos afines a la estética y a la teoría literaria de Lezama, sino porque él echó una mirada en derredor y no encontró nada mejor para echarle mano y darle cuerpo, entidad de portavoces, a unas publicaciones en las cuales todos resultábamos ajenos, postizos, y fuera de lugar, si se comparaba lo de cada uno de nosotros con lo de Lezama. El tenía la voz principal, voz solitaria, libre del coro que aparentemente le acompañaba.

No existía la menor coherencia entre nosotros; no estábamos articulados en un grupo organizado adrede como tal grupo. El azar nos reunió, nos llevó a la cercanía de un hombre perteneciente a otro mundo, a otro lenguaje, a otra sensibilidad, y, sobre todo, a otra mirada.

Obviamente, la revista dirigida por un ser así, era, al mismo tiempo, una revista más en la continua aparición de revistas en cada generación, pero una revista radicalmente distinta a lo habitual: ni notas de compromiso, ni colaboraciones no aceptadas por el director, ni coqueteos con este o aquel grupo de presión, ya cultural, ya social, ya político. La palabra compromiso no estaba en el diccionario de Lezama. Si era necesario, por ejemplo, aceptar una ayuda económica de la Dirección Oficial de Cultura, no se abrían jamás sus páginas a los escritores o funcionarios de aquel Departamento. Se nos acusaba de elitistas, de soberbios, de engreídos y creídos. Nos describían como olímpicos y “exquisitos”, con todo lo que de peyorativo y maligno puede poner la mala intención en el empleo de estas palabras. Se llegó a difundir que constituíamos una especie de logia, de capilla católica-apostólica-romana, donde oficiaba para nosotros en exclusiva misas excepcionales el Padre Angel Gaztelu. (A este poeta llegó a perjudicarlo, en su condición de cura, la pertenencia al supuesto grupo. Fui una vez a pedirle al cardenal un ascenso para él, con un cambio de parroquia, y me dijo el prelado, con la cautela de quien teme “abrirse” ante un presunto cómplice del recomendado: “No sé, no sé; me dicen que hace unas poesías muy raras, y parece que está en un grupo muy moderno, ¿es verdad?”. Le pedí prestada la verba a Castelar y arrojé a la cabeza cardenalicia toneladas de argumentos; giraban sobre este eje: “Sí, sí, Eminencia, su poesía no es corriente, pero es totalmente religiosa: el padre nunca falta a la fe”).

Lo cierto es que no nos reuníamos jamás, no celebrábamos tenidas ni conciliábulos secretos, y las relaciones se decantaban entre nosotros como se decantan en cualquier medio: cada cual se reunía más con quienes simpatizaba más, y punto.

Todos esos trascendentalismos que nos endilgan me suenan a puro ejercicio de criptología casera, para pasar el rato y darse aires de Filósofos Metafísicos de la Metahistoria los opinantes. Por el hecho de ser cubanos, coetáneos y afines en lo de amar la literatura y hallarnos imbuidos del amor y del respeto que merecía nuestro pasado cultural, coincidíamos en sentir las raíces, la vibración del alma de nuestra tierra, y cada uno enfrentaba, desde su personal visión, la problemática general que todo país contiene. Los viejos problemas y las viejas ilusiones de Cuba y del cubano, reaparecían con naturalidad en nosotros, como reaparecen siempre ante cada nueva generación u hornada. Pero es demostrable que nuestros temas -eso que los recién llegados presentan como innovaciones del grupo- están presentes en la literatura cubana, con sus cambiantes ropajes, naturalmente, desde los primeros tiempos de nuestra literatura. La preocupación por el destino de la isla en su entorno geográfico y geopolítico, aparece ya en Ramón Velez Herrera, nacido en 1808 y muerto en 1886, quien trató poética y patéticamente el tema de la catástrofe geológica que dió nacimiento o independencia a la isla de Cuba, al separarla de la masa continental de Norteamérica, concretamente de La Florida.

Y en lo personal, tengo motivos para sonreír cuando alguien señala mi manejo de lo intemporal y mi “tuteo” con los grandes personajes como razón de poesía culturalista, porque desde niño oí recitar las deliciosas locuras de Zequeira: “Cicerón y Preste Juan/Archiduques de Judea,/Riñeron con Dulcinea/Por celos de Tamorlan”. O bien: “Viendo la Reina de Hungría/Que tan mal iba la danza,/Quiso emplear a Sancho Panza/ En su gran secretaría/Heráclito se reía/De verlo tan haragán/Y entonces el padre Adán/Despachó con Amaltea/Ejércitos de Guinea/Para el sitio de Amsterdam”. ¿Y por qué ha de admirarse nadie de que yo me sienta presente en tantos sitios y ante tantas personas y tiempos, si de muchacho oía canturrear a los pordioseros: “Yo soy aquel que a Josué/Los santos óleos le diera”?

Nosotros tenemos raíces. Tenemos orígenes. Eso quiso decir, y dijo, el título de la revista.



Obsérvese que en las sendas denominaciones o bautizos de las sucesivas revistas, se pasó de *Verbum*, una pedantería juvenil en latín, a *Espuela de Plata*, para indicar el agujijón, la puya que hace andar al buey; el incitatus, que decía Lezama. Finalmente se pasó de la espuela bien templada, afilada como el espolón de un gallo de pelea, a *Orígenes* que bien pudo llamarse también *Raíces*, de no hallarse tan malgastada esa bella palabra.

4.- A través de sus *Palabras escritas en la arena por un inocente, la propia María Zambrano, en uno de sus artículos publicados en Orígenes, llegó a definir la poesía cubana del momento como poesía de la contra-angustia, ¿Qué opina de ello?*

Sobre la definición que diera de nuestra poesía María Zambrano, no, llamándola “poesía de de la contra-angustia”, sólo cabe decir que acertó la gran María, pero no se si se refería a una angustia del momento, a una protesta por este o aquel episodio de nuestra vida política o de nuestra vida personal. La angustia, y por ende la contra-angustia en la poesía cubana, es de todos los tiempos. Contra-angustia hubo en Heredia, y en Zenea, y en la Zambrano, y luego en Casal y en cuantos vinieron después, llamáranse Poveda o Agustín Acosta, Martínez Villena o Emilio Ballagas. Por otra parte, la poesía universal está llena de contra-angustias: de Villon a Quevedo, de Garcilaso a César Vallejo, y así hasta el infinito

5.- La llamada Generación de *Orígenes*, ¿fue en realidad la que impuso entre los cubanos la expresión nueva y el espíritu de modernidad?

En cuanto a esa pregunta sólo puedo decir -para no dejarme llevar por los infinitos sarcasmos que me dicta la cólera- que ya hablé del desconocimiento total que hay en España, en Canarias, y en Tumbuctú, sobre la trayectoria de la literatura cubana. Basta con mencionar la *Revista de Avance*, la obra de Mariano Brull y de Regino Botilla, la aparición de *Trópico* de Eugenio Florit, ese octogenario jovencísimo que sigue, en 1990, dándonos a la perfección uno de los tonos esenciales de la poesía cubana de todos los tiempos: la búsqueda del cielo, la exploración del camino que conduce a regresar sano y

salvo al Paraíso. (Dijo Gabriela Mistral que entre las tablas de las carabelas de Colón, iba el poema *Martirio de San Sebastián*, de Florit).

6.-La época de *Orígenes* fue de gran pesimismo nacional según se ha señalado desde diversas fuentes. ¿Ustedes se creyeron obligados a levantar el mito de la insularidad? ¿La tendencia hacia la universalidad de la cultura pasaba por la búsqueda del paisaje cubano?

Creo que ya no necesito explicar que nosotros no levantamos ningún mito, sino que proseguimos, a nuestro modo, la vieja tarea, la eterna condena de Sísifo, más que de Prometeo, que los humanos (¡no sólo los cubanos!) tienen ante sí desde que nacen hasta mucho después de muertos.

Por el hecho de ser cubanos, coetáneos y afines en lo de amar la literatura y hallarnos imbuidos del amor y del respeto que merecía nuestro pasado cultural, coincidíamos en sentir las raíces, la vibración del alma de nuestra tierra, y cada uno enfrentaba, desde su personal visión, la problemática general que todo país contiene.

7.- Usted funda en La Habana la Revista *Clavileño* en una época de esplendor para las letras cubanas. Si mis informaciones son ciertas nuestro paisano José Pérez Vidal publica en ella *El arcaísmo del Romancero en Canarias*, en 1951. También el modernista Félix Duarte estuvo vinculado al *Diario de la Marina*, del que usted fue redactor-jefe. ¿Qué canarios ha conocido durante su trayectoria literaria y periodística?

Sobre *Clavileño*, me limito a decir que, en mi concepto, se ha exagerado y desmesurado su valor, porque en realidad duró muy poco. Hicimos -Alberto Baeza Flores y el que habla- muy poco en relación con lo que obligaba la tradición literaria cubana. Tengo un recuerdo muy nebuloso, muy borroso, de ese momento de *Clavileño*, y apenas si evoco, con cierta nostalgia por leerlo de nuevo, el poema *Islas* de Hilda Doolittle, referido, como se sabe, a las islas griegas, no a las antillanas. Ese tema de las islas es un poco retórico, por no decir artificial y artificioso. “Todo es isla”, enseñaba Juan Ramón: “Australia es una isla, y la tierra es isla; y otra isla es la luna”.

8.- ¿Cuál es su opinión sobre el estado actual de la literatura cubana? ¿Y le la actual poesía en lengua española?

Para esta pregunta final digo, con la mayor objetividad, que el momento o estado actual de nuestras letras tiene la misma entidad y vigor que tuvo siempre. Van desapareciendo las “estrellas”, Lezama, Carpentier, Lino Novas Calvo, y está extinguiéndose dolorosamente la voz de Enrique Labrador Ruiz, uno de los genuinos precursores de la nueva novela hispanoamericana (léase nada más *Trailer de sueños*), pero aún viven y producen Eugenio Florit, Lydia Cabrera, la Gran Orisha de Cuba, Dulce María Loynaz, fina y brillante como una espada. De la llamada generación de *Orígenes*, quedamos varios -Justo Rodríguez Santos, Cintio Vitier y Fina, Angel Gaztelu, Eliseo Diego, Julián Orbon, la música, Alfredo Lozano, la escultura-, quedamos, más o menos agarrotados por la esclerosis de todas las venas y los vasos comunicantes, pero seguimos dando vueltas por aquí.

Pero lo que es importante para mí, lo que me alegra en extremo, es conocer la



abundancia de poetas que hay dentro y fuera de Cuba. No me atrevo a mencionar a algunos de los que considero más logrados, porque con la vejez me he vuelto muy precavido Y sé a qué altura pueden llegar las maldiciones de los olvidados u omitidos. En el estudio del profesor Graf sobre “Metodología de la psicología de los poetas”, leído en presencia de Freud, Rank, Adler, Stekel y otros maestros, se examina muy bien lo del odio de los poetas; resulta que es algo tremendo. ¡Solavaya!. Decía Nietzsche, otro poeta que bien bailaba en lo de odiar, que “los poetas quieren tener un público, aunque sea de rinocerontes”. Me he permitido agregarle al gran Federico: “Y quieren además ser elogiados en alta voz hasta por los mudos”. De modo que no me saco de la manga una lista de nombres que vengo haciendo desde hace mucho tiempo y dándome cada vez mayores alegrías los y las poetas de cualquier sitio o lugar donde vivan y escriban. Pero si quiero, precisamente por hallarme lejos de Cuba, subrayar la presencia de toda una legión de nuevos poetas en la isla, y mencionar el libro de uno de ellos, Alberto Acosta *El ángel y la memoria* es un bello libro, del cual envié fotocopia a Eugenio Florit. Renuncio a dar más detalles, más elogios del libro, pero me permito asegurar “a quien pueda interesar”, dentro o fuera de Cuba, que sólo me mueve a recomendar la lectura de este libro el amor a la poesía. Son tan tristes y bárbaros los tiempos que vivimos, que éste espontáneo elogio a un libro escrito en Cuba puede acarrear, en ciertos círculos semitrogodóticos del exilio, la acusación de traidor a la patria. Y sé también que esta mención, hecha al objeto de enviar una señal de amistad y de aprecio a los poetas que viven y trabajan en Cuba, puede significar para el autor de *El ángel y la memoria* el comienzo de un horrible via crucis, con campos de concentración y terror incluidos. Pero aseguro “a quien pueda interesar” que mi única relación con el autor fue, y es, la lectura de sus poemas.

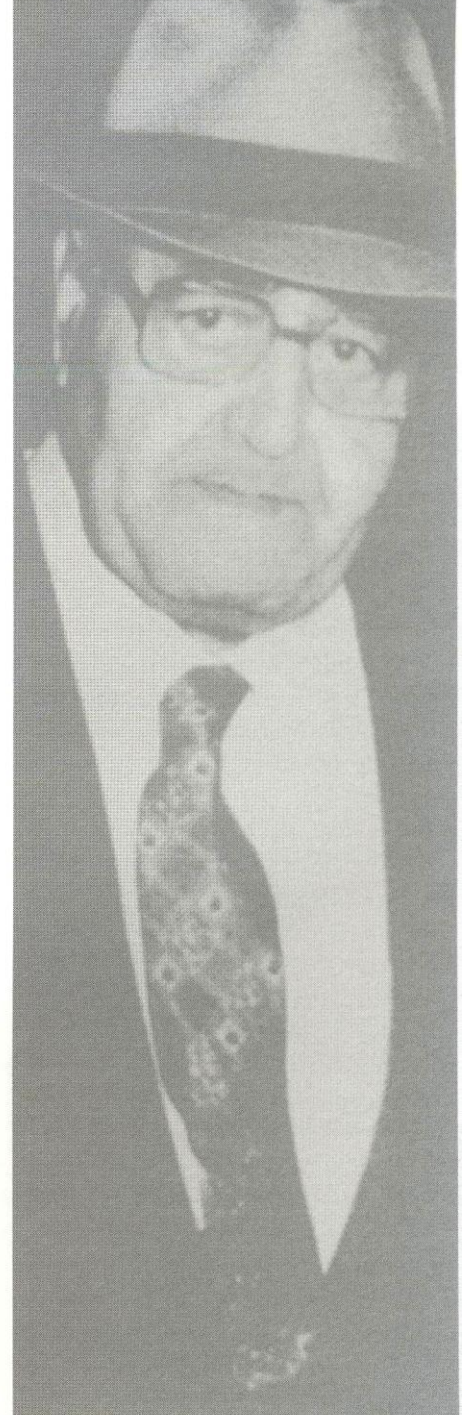
Sobre mi opinión en torno a la actual poesía en lengua española, sólo me aventuro a declarar que la veo en una etapa magnífica, sobre todo por la calidad del

promedio general. No todos los poetas son Humberto Díaz Casanueva, “mi” poeta, ni Olga Orozco, pero hay en todos los países una alta calidad, un “saber hacer” de carácter general, que no existía en otros tiempos, cuando la escena estaba ocupada por cinco o seis nombres estelares, y el resto era, éramos, “la masa”. Pero de Colombia y de Chile hay que esperar mucho, como de Perú y de Venezuela. No sabemos, o yo no lo sé por lo menos, si ya están ahí, dispersos por la geografía americana (¡sin seguir olvidando el Brasil!), los nuevos Huidobros, los nuevos Vallejos, los nuevos Lezamas, los relevos de César Moro, de José Gorostiza, de Gangotena, de Chumacero ... ¿Y adónde han ido a parar el peruano Rodolfo Henestroza y la cubana Isel Rivero?.

La poesía en lengua española, digo para terminar, goza de buena salud. Pero en obediencia a la realidad económica, social, política y cultural de los países hispanoamericanos y de España, se está a la espera de un gran destino, de un futuro que se presagia maravilloso. El futuro, digo, un lejano, muy lejano futuro. Porque no parece estar cerca nuestro turno de protagonistas en el escenario central del mundo. Cuando se es comparsa en cultura, en economía y en política, se es comparsa también en poesía.

Una nota brevísima sobre lo que se me preguntó de Canarias. Los vínculos nuestros, gente de isla, con los que allí llamamos “isleños”, son muy fuertes en lo espiritual, aunque débiles en lo material. Canarias está presente, y muy viva, en las raíces, en toda la vieja música del campo cubano y en otras manifestaciones de la vida diaria. El güajiro es en realidad un canario que nació y vivió en lo que alguien, con razón, llamó “la mayor de las Islas Canarias”.

Además de la música y de la agricultura, Canarias, poéticamente, es para nosotros dos nombres, dos claves: Silvestre de Balboa y Troya de Quesada, de Gran Canaria, primer poeta importante en las letras cubanas (que llenó de hadas y de hamadrinadas su *Espejo de Paciencia*), y Leonor Pérez, de Tenerife, madre de José Martí. Dos fuentes, dos manantiales.



Gastón Baquero (1918-1997) es uno de los autores más significativos de la poesía cubana de este siglo. Autor de libros como *Saúl sobre la espada* (1942), *Memorial de un testigo* (1966), *Magias e invenciones* (1984) y *Poemas invisibles* (1991), residiría en Madrid desde 1959 hasta el año de su muerte. Su obra poética y ensayística fue recopilada en 1995 por Alfonso Ortega Carmona y Alfredo Pérez Alencart, con el título *Gastón Baquero: Poesía y Prosa*. En 1998, la editorial Betania publicó el libro colectivo *Entrevistas a Gastón Baquero*.